

Homilía Misa Crismal

Iglesia Catedral de Buenos Aires

Jueves Santo, 6 de abril de 2023

Lecturas:

Is 61,1-3a.6a.8b-9;

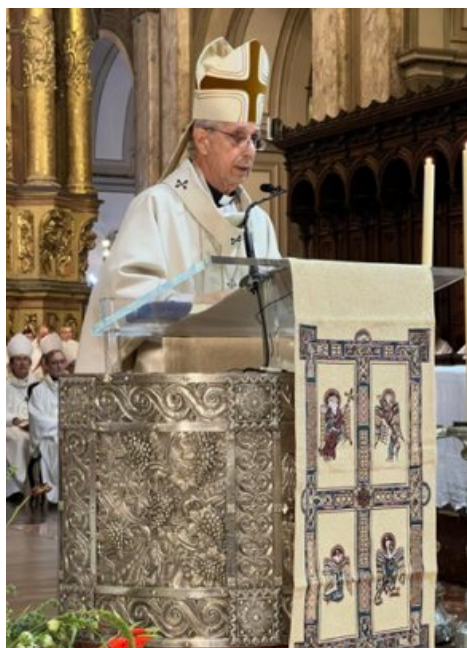
S.R. 88,21-22.25.27;

Ap 1,4b-8;

Lc 4,16-21

Después de enfrentarse con el poder del mal y superar las tentaciones del diablo con la Palabra de Dios, Jesús es conducido por el Espíritu a Galilea donde enseña y cura a muchos enfermos; luego, vuelve a su casa paterna en Nazaret, donde todo había comenzado. Allí era uno de tantos y se lo conocía como «el hijo de José» (v. 22). Podemos imaginarnos sus sentimientos y emociones al ver la carpintería, contigua al hogar de la Sagrada Familia; desde su adolescencia y de la mano de quien hizo las veces de padre, el aprendiz del antiguo oficio artesanal se inició en la exigente experiencia del trabajo de sol a sol y se asomó al mundo de las relaciones humanas. En el seno familiar, escuchó el relato de la historia de Israel y se contagió del espíritu religioso de sus padres: la lectura de las Escrituras, la oración, las fiestas y el culto. En ese ambiente, fue «creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2,52). Como todo judío piadoso, llegado el sabbat se dirige al templo, al que llamará la «Casa de mi Padre» (Jn 2,16), y los Evangelios señalan que es uno de los lugares elegidos por Él para orar e impartir sus enseñanzas.

La profecía de Isaías que anunciaba el advenimiento de Jesús, de su pasión y muerte, tomó especial realismo cuando el Señor la hizo suya en la sinagoga de su pueblo: «Hoy se ha cumplido este pasaje



de la Escritura que acaban de oír» (Lc 4,21). Los siglos que separaban al profeta, en las palabras del Señor se convirtieron en un instante y su proyección en la vida de la Iglesia llega hasta nosotros con toda su verdad: Jesús es el Ungido del Padre. La profecía que revela su misión, para lo cual fue ungido como profeta, rey y sacerdote, lo confirma a Jesús como el que viene a anunciar la liberación y el perdón de Dios a toda la humanidad. El texto que hemos proclamado es un himno de la compasión

de Cristo por los pobres, los ciegos, los cautivos y los oprimidos: por todos. Ese desborde de misericordia nos revela un ministerio de mediación, con la voluntad de pasar «haciendo el bien y curando a todos los que habían caído en poder del demonio, porque Dios estaba con él» (Hch 10,38).

Al leer esta página del Evangelio de Lucas en la semana de Pasión, nos lleva a contemplar el sacrificio sacerdotal del Ungido del Señor, único mediador entre Dios y los hombres, dispuesto a inmolarse en la Cruz por la humanidad, uniendo de forma admirable –en un perfecto acto de amor–, sacerdocio, altar, sacrificio y víctima. «Al morir, se sometió al poder del país de los muertos, pero lo destruyó con su resurrección; sucumbiendo al peso de una muerte que no hacía excepción, la convirtió de eterna en temporal».¹

Queridos hermanos sacerdotes y pueblo fiel que nos reconoce como ministros del Señor: creo que todos estamos advertidos que fuimos ungidos sacerdotes en virtud de un asombroso intercambio, al recibir como don un ministerio que manifiesta en todo momento la grandeza de la obra de Dios que nos ha confiado y la frágil pequeñez de nuestra humana condición. No salimos de nuestro asombro si pensamos que la gracia de la ordenación nos ha transformado en ministros de esa única mediación eficaz que sigue obrando Cristo en cada sacramento, en cada conversión, aun en cada persona, que sin saberlo lo busca a tientas. No hay proporción entre el don recibido y nuestra pobre disposición a ser un instrumento de intercesión: somos un sacramento y para siempre; recibimos inmerecidamente una

dignidad para el servicio y también una suave cruz, con el consuelo de contar con su mano abierta de perdón que siempre nos levanta. Somos testigos próximos de su presencia real cada vez que celebramos sus misterios y nuestra alegría consiste en transmitir a la asamblea de fieles que Él vive. Sí, «Dios tiene en nosotros su instrumento vivo, su ministro y por tanto su intérprete, el eco de su voz, el signo histórico y social de su presencia en la humanidad, el hogar ardiente de su amor entre los hombres. Este hecho prodigioso lleva consigo un deber, el primero y el más dulce de nuestra vida sacerdotal: el de la intimidad con Cristo, en el Espíritu Santo y por lo mismo contigo, ¡oh Padre!... ella es el estímulo de la acción ministerial, la fuente de energía apostólica, y hace eficiente la misteriosa relación entre amor de Cristo y la entrega pastoral».²

El que nos eligió con otros nos dijo: «Todos ustedes son hermanos» (Mt 23,8). El Concilio avanzó a partir de esta enseñanza de Jesús y expresó que «los presbíteros, constituidos por la Ordenación en el Orden del presbiterado, se unen todos entre sí por una íntima fraternidad sacramental».³ Nadie duda que los vínculos fraternos y solidarios colaboran a desarrollar el sentido de pertenencia al cuerpo presbiteral diocesano, alimenta la comunión y hace más viable la colaboración pastoral.⁴ Nuestro Seminario y muchos noviciados cultivan este espíritu fraterno y solidario durante la formación de los jóvenes y es de desear que cada vez más demos lugar

1. San León Magno, papa, Sermón 8 sobre la Pasión del Señor, 6-8: PL 54, 340-342.

2. Homilía de San Pablo VI durante la ordenación de sacerdotes en Bogotá, 22 de agosto de 1968.

3. *Presbiterorum ordinis*, 8a. Cfr. Lucio Gera, *Meditaciones Sacerdotales*, Bs. As. 2015, Ágape, 121 y ss.

4. Cfr. San Juan Pablo II, *Catequesis de la Audiencia General del 1-IX-1993*.

a ese aire fresco para que se proyecte sobre nuestro presbiterio, para que no falte la gratuidad del encuentro, la solidaridad espontánea y la colaboración en el trabajo, la cercanía en las pruebas cuando hay que seguir sembrando entre lágrimas, compartir el descanso, valorando la obra realizada por los hermanos en el sacerdocio, y tantas otras actitudes virtuosas que hacen que la amistad se afiance y el deseo de servir sea la causa de vivir con alegría este bendito ministerio.

Si es solo para agradecer la inmensa gracia que nos permite hacerlo presente en nuestras comunidades, justifica que nos hayamos convocado: para celebrar el Sacerdocio de Jesucristo, su unción santa y la nuestra; para volver a prometer fidelidad y entrega, comunión afectiva y efectiva con el cuerpo de los presbíteros; para pedir que remueva el óleo de alegría que hizo de nuestras manos, sus manos.

Los obispos damos gracias a Dios por habernos dado la ayuda de ustedes,

sacerdotes, que en el trabajo silencioso y sacrificado en sus comunidades hacen presente el Reino de Jesús. Junto a ustedes queremos escuchar una vez más al apóstol San Pedro, quien recibió el ministerio de manos del Señor, después de rendir su prueba de amor: «Los exhorto a los presbíteros que están entre ustedes, siendo yo presbítero como ellos y testigo de los sufrimientos de Cristo y copartícipe de la gloria que va a ser revelada. Apacienten el Rebaño de Dios, que les ha sido confiado; velen por él, no forzada, sino espontáneamente, como lo quiere Dios; no por un interés mezquino, sino con abnegación; no pretendiendo dominar a los que les han sido encomendados, sino siendo de corazón ejemplo para el Rebaño. Y cuando llegue el Jefe de los pastores, recibirán la corona imperecedera de gloria» (1Pe 5, 1-4).

*** Mario Aurelio Cardenal Poli**